

Lección de poesía

Labastida, Jaime, 1939-

Lección de poesía. -- México: UNAM, Plantel Naucalpan, Academia Mexicana de la Lengua, 2020. 180 pp.

(Colección La Academia para Jóvenes, 11).

ISBN: 978-607-02-9490-7 (Obra Completa UNAM).

ISBN: 978-607-30-3903-1 (Volumen UNAM).

ISBN: 978-607-97649-3-7 (Obra General Academia Mexicana de la Lengua).

ISBN: 978-607-98946-2-7 (Volumen Academia Mexicana de la Lengua).

Primera edición: noviembre de 2020.

D.R. © UNAM 2020 Universidad Nacional Autónoma de México,
Ciudad Universitaria. Delegación Coyoacán, CP 04510, CDMX.

D.R. © 2020 Academia Mexicana de la Lengua, Donceles 66, Colonia
Centro, Alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06600, CDMX

ISBN: 978-607-02-9490-7 (Obra Completa UNAM).

ISBN: 978-607-30-3903-1 (Volumen UNAM).

ISBN: 978-607-97649-3-7 (Obra General Academia Mexicana de
la Lengua).

ISBN: 978-607-98946-2-7 (Volumen Academia Mexicana de la
Lengua).

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM.
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin
la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso en México – Printed in Mexico.

Jaime Labastida

Lección de poesía



ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA



Índice

PROEMIO, Benjamín Barajas	9
INTRODUCCIÓN, Arcelia Lara Covarrubias	11
Pórtico	19
¿Qué es poesía?	27
La frase poética	37
La imagen	53
La metáfora	59
Figuras y otros recursos poéticos	65
El ritmo poético (música, acento, rima)	77

La disposición tipográfica	89
La estructura	97
El tema, las palabras	105
Escuelas, estilos	117
Posibles conclusiones	123
Anexo. Breve antología (y ejercicios)	125
Glosario	167

Introducción

A propósito de una *Lección de poesía*

“¿ES POSIBLE DICTAR UNA lección de poesía?”, se pregunta Jaime Labastida, poeta, filósofo y académico de la lengua. La duda no es simple y sencillamente una manera de romper el silencio desde una inflexión retórica; se trata de un planteamiento a fondo que nos apercibe de que reflexionar sobre poesía pareciera, en principio, un ejercicio paradójico. ¿Cómo abordar el estudio de un texto cuya naturaleza lo vuelve impermeable a los oficios del concepto? ¿Cómo acercarnos con nuestros recursos técnicos a la poesía sin que se pierda el entusiasmo que nos procuró su contacto? Por esta difícil ruta camina la *Lección de poesía*.

Hay que aclarar que no se trata de una obra dirigida a especialistas, sino de lo que su nombre promete: es una lección para lectores noveles. No entendamos por esto

su significado moral de adoctrinar; sino un propósito mucho más práctico, por un lado, y también más profundo, por otro. Si bebemos de la fuente etimológica encontramos que el sustantivo latino *lectio* era lo que quedaba de la acción *legere* (leer), entonces, tiene pleno sentido que cuando reflexionemos sobre alguna de las variedades del universo textual, lo hagamos a manera de lecciones.

Aunque en la primera mirada la poesía se nos presenta como un resbaladizo animal marino que siempre escapa de nuestras manos, no es así; cierto que no es sencillo penetrar su sentido, que se encuentra trabado en diversos niveles semióticos que involucran la lengua, pero que van más allá. Su sensitiva forma de ser exige de los lectores movilizar las diferentes instancias de la sensibilidad y el entendimiento, es decir, un poema, como cualquier obra de arte, desata el libre juego de las facultades. Pensar las obras poéticas no es simplemente comprender su mensaje, sino dar cuenta de las razones por las que un poema determinado se convierte en un surtidor de experiencias íntimas. De ahí que ciertos rudimentos teóricos y críticos sea tan útiles para entender la compleja textura poética de las obras como para saber dar cuenta de su dimensión estética.

En este texto Labastida nos ayuda a transitar por la lectura de la poesía sin ceñirse a una disciplina o perspectiva específicas: lo mismo se encuentran nociones



de retórica que de lingüística, métrica española, historia de la literatura o teoría literaria. Ya desde el “Pórtico” advertimos que el filósofo renuncia a la tentación de insertar el estudio de la poesía en el éter de la metafísica; no busca una razón de origen en el *eidos* de la belleza o el fundamento que nos diría en qué esfera reside la esencia poética y de qué manera deviene en los textos específicos. Por el contrario, la remisión al *Protágoras* de Platón —no al *Cratilo*, al *Ión* o al *Simposio*— señala que su reflexión se instala en el plano de los *haceres*: ¿qué tipo de actividad es escribir poesía?, ¿una técnica, un talento especial? Sin llegar a decantarse por una opción, nos deja claro que más que la obra del genio el poema requiere un cuidado y un cultivo que toman densidad en la expresión poética.



Cuando toca el turno de decir qué es la poesía, en el segundo capítulo, el autor no opta por establecer una definición al estilo aristotélico, aunque nos explica ampliamente en qué consiste, sino que va a sus rasgos constitutivos; se instala ante lo dado, los poemas, y se pregunta por sus cualidades. Para discurrir acerca del asunto, elige la frase poética como unidad mínima con sentido. Por esto, ante la imposibilidad definitoria, conviene atenerse a este *quanto* en el que se encarna el acto creativo, porque la poesía, nos dice, “nacería del azoro, de la necesidad de darle una voz al abismo”; no hay un antes ni un más allá; no imita la realidad, crea la suya propia.



Tejido de palabras y de tiempo, cada poema dispone de los recursos que mejor expresan un sentido y los administra de acuerdo con su intención; podríamos decir que en cada nuevo texto se inaugura una poética. Sin embargo, no es que la obra se encierre en su singularidad; algunos recursos pueden considerarse como el material básico de la construcción textual y se encuentran en la mayoría de los poemas; podríamos decir que forman la primera línea de ataque expresivo; a cada uno de ellos le dedica la *Lección* su apartado especial. Encontramos, por ejemplo, su exposición sobre el ritmo, no sólo el cuantitativo que deriva de la distribución de acentos en el verso o de la combinatoria de pies métrico-rítmicos, sino además al que se fomenta desde la rima, las repeticiones, la aliteración y el encabalgamiento. A las figuras retóricas les corresponden varios apartados; a la metáfora y a la imagen se les reserva, por su importancia, un lugar aparte. En cada caso se abordan los temas a partir de ejemplos cuidadosamente comentados, con el análisis fino de un miniaturista, pero, ante todo, con la sensibilidad del poeta que es Labastida.

Entre otras cosas, la poesía hace también tradición o, más precisamente, tradiciones; algunas cualidades se privilegian en una época o en ciertas latitudes y apenas se mueve el cuadrante social, cambian las preferencias. La sensibilidad evoluciona tanto para los poetas como para los lectores, y estas transformaciones se dejan

sentir en los poemas. Varios capítulos están dedicados a la mudanza que van experimentando los metros, la disposición tipográfica, las estructuras y los estilos. El corpus con el que se ejemplifica se compone, principalmente, de poemas en lengua española, desde el *Poema de Mio Cid* hasta Octavio Paz.

Finalmente, la *Lección de poesía* nos hace un par de regalos, imponderables por la utilidad que reportan al momento de favorecer la formación del gusto entre adolescentes y por la guía didáctica que reportan: una antología de poemas acompañados cada uno con observaciones y consejos para su atención, análisis y estudio, y un glosario que incluye tanto términos poco comunes citados en los ejemplos, como conceptos propios de la poética. La tarea de selección se asienta en el baremo con el que cierra su capítulo “Escuelas, estilos”; en él hallamos una larga lista de autores de lengua española que merecen nuestra atención. Labastida nos advierte que toda antología cuenta con un gradiente sustentado por la afición personal; así que habrá poetas y poemas que echemos en falta de entre los veintidós considerados; sin embargo, todos los que se incluyeron son los que por derecho propio ganaron su lugar como recomendaciones de lectura poética para los jóvenes y, entonces, resultan imprescindibles.

Volviendo al punto del que habíamos partido, es preciso reconocer que la *Lección de poesía* de Jaime Labastida cumple su propósito práctico de acercarnos



al género con más recursos para comprender el sentido de los poemas. También, y no es menos importante, entendemos que el gozo no es una reacción espontánea, sino que exige una preparación concienzuda, atenta al impacto de las diferentes formas de ser de la poesía; así, la intención de orientar nuestra sensibilidad cala de manera más profunda.

Arcelia Lara Covarrubias

Lección de poesía

¿Qué es poesía?

NO POCOS TEÓRICOS Y poetas han intentado definir la poesía. Establecer definiciones consiste en levantar fronteras nítidas entre conceptos. De-finir es trazar el límite que separa un objeto conceptual de otro: indica la línea teórica donde empieza un objeto y termina otro. Aristóteles usó, para lograrlo, un sistema binario: el género próximo y la diferencia específica. El hombre es, según ese método, ζῷον πολιτικόν (zoón politikón), o sea, un ser vivo que habita en la ciudad. La definición aristotélica suele traducirse al español diciendo: el hombre es un animal político. Sin embargo, el término animal viene del latín anima (alma), mientras que el término zoón nos indica otra cosa: ζῶω (zoo) es, simplemente, vivir, en tanto que el término ov (on) es el participio del verbo εἶμι (eimi, ser). Es preferible decir, pues, que el hombre es un ser social, como quería Protágoras, dotado de palabra (logos). Además, decir que el hombre es un zoón politikón

significa que habita en la ciudad, no que se dedica a la actividad política, tal como la entendemos ahora.

Spinoza señaló que *omnis determinatio negatio est*: toda afirmación es una negación, pues si se afirma que esto es gato, se niega que sea perro. El asunto es claro si vemos lo que encierra una licencia profesional, la de médico o ingeniero. Al otorgarle una licencia a un profesional, por la misma causa se le impide a otro que ejerza ese oficio. Según ese método, habría que *de-terminar* lo que la poesía es, fijar sus límites conceptuales, establecer sus fronteras, diferenciarla de otro edificio verbal, la prosa, supongamos. ¿Es posible? ¿Qué sucede con el concepto de poesía? ¿Puede ser *de-finido*? Es cierto, hay muchas definiciones de poesía, ninguna de ellas por completo satisfactoria. La poesía es un fenómeno en constante movimiento. No es posible dar una definición que nos satisfaga. **r. s.** Eliot afirma que es imposible definir la poesía y que, si se llegara a definir, nada se ganaría. Por esta causa, acaso sea mejor indagar por algunos de los atributos que le son propios.

El término *poesía* tiene por raíz el verbo heleno *ποιέω* (*poieo*, hacer y, en un inicio, hacer algo con las manos). Poco a poco, el verbo heleno se cargó con el peso específico que en nuestra lengua posee el verbo *crear* y, por encima de todo, *hacer algo nuevo por medio de las palabras*. Esto nos dice poco, porque todos los hombres responden con sentido a las preguntas que se les hagan, según dice Descartes, por lo que siempre introducen

algo nuevo en las respuestas. Si esto es cierto, cierto es también que, en el acto poético de escribir, esta novedad adquiere un nuevo nivel: es la innovación en estado puro, si pudiera decirse así. El fundador de la gramática castellana, Elio Antonio de Nebrija, sostuvo que la diferencia entre la prosa y la poesía consistía en que esta última está sujeta a leyes. Podemos admitirlo. ¿Leyes, sí, pero cuáles? Porque las leyes que rigen la poesía están en constante movimiento y todo poeta, al escribir, al fundar una nueva escuela, establece otras leyes propias. Nebrija mismo negaba que la poesía necesitara de la rima, por ejemplo, y decía que era un recurso falso.

Otro método, eficaz en apariencia, podría consistir en aplicar a la poesía el proceso de análisis: *dividir, desarmar, separar, analizar* el poema hasta hallar en él su núcleo último, lo más pequeño, irreductible, que no puede ser dividido en nada más pequeño aún. A este núcleo final los griegos lo llamaron átomo pues no podía ser dividido ya en ninguna otra cosa menor. El átomo de los helenos era en realidad un concepto, un producto teórico; la palabra se forma con α (*alpha*) privativa, sin y $\tau\omicron\mu\eta$ (*tomé*), corte, o sea, lo que tiene un límite en el corte. Hoy, damos el nombre de átomo a lo que a su vez contiene partículas que llamamos *elementales*. Diversos críticos, entre otros Roman Jakobson, han intentado encontrar el núcleo atómico del poema. El recurso que Jakobson utiliza pertenece, en

rigor, a la lingüística, que descompone el fenómeno del habla hasta llegar al fonema, la parte más simple de la lengua. Empero, este método tiene límites. El poema es una arquitectura verbal que posee sentido: he aquí uno de sus rasgos decisivos. Cabe dividirla, es necesario analizar el poema hasta encontrar en él su núcleo más simple, pero ese núcleo no es algo que carezca de sentido. Octavio Paz dice, con toda razón, que el núcleo del poema, su parte más simple, es la frase poética. El análisis se detiene allí, en la frase poética, expresión con sentido. Éste es uno de los atributos fundamentales de toda poesía: condensar lo escrito: *Ca lo poco e bien dicho finca en el corazón*, afirma Juan Ruiz, Arcipreste de Hita.

Volvamos a preguntar, ¿qué es poesía? Gustavo Adolfo Bécquer sostuvo que la poesía residía en los objetos. Interrogado por una mujer que deseaba saber qué era poesía, el poeta respondió: ¿Y tú me lo preguntas? Poesía eres tú. Luego, en un texto escrito en prosa, Bécquer precisó que la poesía se hallaba en un crepúsculo, en los ojos de una mujer hermosa, en una serie de objetos que consideraba bellos. Concluía su argumento al decir: *podrá no haber poetas/ pero siempre habrá poesía*. Examinemos con atención lo que nos propone Bécquer. ¿Quién es este tú del que se dice que es poesía? Una mujer. ¿Qué mujer? Una en particular, lo sabemos, en tanto que Bécquer la describió en el texto en prosa donde explica su poema. Pero, ¿acaso

ese tú no puede ser dicho de toda mujer que alguien considere hermosa? Este tú es toda mujer posible y en el poema alcanza una dimensión distinta. Nada importa quién sea la mujer a la que el poeta se dirija, lo cierto es que, según él, la poesía reside en ella (no en la arquitectura verbal que la dice). De ahí que, si la poesía está en los objetos, nada importa que no haya poetas que escriban poesía: siempre la habrá en los objetos bellos. No parece la de Bécquer una definición adecuada de la poesía. En particular por un hecho: lo que dice el poeta en este poema no existía antes de que lo escribiera. Su sentimiento y el objeto que lo impulsa a escribir se transforman por obra de la palabra poética. Mejor: el objeto al que hace referencia el poeta se encuentra en la escritura misma, no en la realidad (aunque a ella aluda o se refiera de manera indirecta). No existe un vínculo directo, referencial, entre la palabra y el objeto, en tanto que la poesía es una creación verbal.

Otro gran poeta, Antonio Machado, puso en la boca de un profesor apócrifo, Juan de Mairena, una definición sencilla de poesía. Dijo: *no hay mejor definición de la poesía que ésta: "poesía es algo de lo que hacen los poetas"*. Sin embargo, cabría hacer la petición de principio: para saber qué es poesía, se necesita saber quiénes son los poetas y, si lo supiéramos, cabría preguntar qué algo de entre las diversas cosas que hacen los poetas es, en realidad, poesía. La definición de Mairena, por lo

tanto, se mueve en un círculo vicioso: con objeto de saber qué es poesía se necesita saber quiénes son poetas y, a la vez, para saber quiénes son poetas se precisa saber qué es poesía. Por si lo anterior fuera poco, es necesario delimitar los varios actos de los poetas para saber qué, de entre todos los que realizan, es en verdad, poesía.

En su *Discurso de ingreso* a la Academia Mexicana de la Lengua, aquel poeta enorme que respondía al nombre de José Gorostiza, indicó algunos de los rasgos que, a su juicio, constituían la poesía. Aceptó que era, por esencia, indefinible. Por esa razón, se limitó a ofrecer lo que llamó unas *notas* sobre la poesía. Son, sin duda, deslumbrantes y apuntan en la dirección correcta. Así, asoció la poesía al canto y le atribuyó, por necesidad, un vínculo estrecho con la música. También exigió de ella la organización inteligente de su materia (la “construcción en grande”, dijo). Sin embargo, no pretendió dar una definición de la misma. Habría que releer sus notas, siempre que intentemos comprender, así sea de manera torpe, lo que la poesía es.

Veamos otro atributo esencial de la poesía. ¿De dónde nace? ¿Cómo, por qué se crea? Martin Heidegger dice que la poesía nace en momentos cruciales, cuando nos hacen falta las palabras, en el momento en que el lenguaje común ya no basta. La poesía nacería del azoro, de la necesidad de darle una voz al abismo. Tal vez, si aceptáramos la proposición de Heidegger,

concluiríamos que la actitud extrema que da origen al arrebatado poético es condición necesaria, pero no suficiente, para que nazca la poesía. Es imprescindible no sólo el trabajo constante (el gran poeta que fue Paul Valéry dijo que un poema jamás se terminaba; que se abandonaba) sino también otra cosa extraña, acaso indefinible e impalpable, que algunos llaman la *gracia*, para que el poema en tanto que obra maestra se produzca, pues no todos los escritos de los poetas poseen la misma altura ni la misma dimensión. Sólo de vez en vez el poeta alcanza un alto grado de excelencia. José Gorostiza, después de haber escrito *Muerte sin fin*, una obra suprema, consideró los posteriores escritos que intentó como un *poema frustrado*.

No hay plena identidad entre el objeto y la palabra. Suele pensarse que la función primordial y acaso única de la lengua consiste en designar los objetos, en otorgarles un nombre. A esto tal vez nos haya acostumbrado la idea que se plasma en el Génesis, cuando Jehová nombra las cosas: la luz, la tierra, el agua y les añade un adjetivo: las considera buenas. El mundo es creado por un acto de habla. En el Génesis, la voz adquiere poderes mágicos: crea las cosas al nombrarlas. Según este criterio, la más importante de las funciones de la lengua sería la de señalar o la de indicar los objetos con *su nombre*, con el nombre que les es *propio*; colocarles sus etiquetas de identidad. Pero, aun si esto fuera cierto, cada lengua le otorga matices distintos

a los objetos. En la lengua náhuatl, *cuauhtli*, águila, no sólo designa a este cernícalo, sino que *cuauhtli*, el águila misma, el animal vivo y la voz que la designa, son, al mismo tiempo, el sol. Por esta causa, en el poema, la forma de decir el objeto es una revelación, una creación verbal inédita; el poema no se limita a decir la cosa: en verdad, la crea. En este sentido, el poema *alude* a cierto objeto real (acaso, a una emoción), pero, en rigor, no mienta un objeto determinado y carece de todo valor referencial: el objeto poético es de carácter estrictamente lingüístico y se halla en el interior del poema mismo.

Advirtamos lo que sucede en unas imágenes constantes para los mexicanos: las que forman parte del escudo nacional, el águila y la serpiente. De acuerdo con la mentalidad occidental, que viene de la tradición hebrea y cristiana, la serpiente es la expresión del mal, la forma que asume el demonio para tentar a Eva y hacerla pecar. En la concepción mexicana, por el contrario, la serpiente es, ella misma, agua, signo de fertilidad. El águila, en la visión occidental que nos es propia, indica la más poderosa de las aves de rapiña, la que domina la extensión del cielo: simboliza, por lo tanto, la fuerza. Así, nuestro escudo indicaría el bien que lucha contra el mal, la fuerza buena que vence a la maldad. Es posible que sea así, hoy, pero esto no cabe en la mentalidad mexicana: el sol, por un lado; por otro, el agua y, junto con ella, el nopal que brota de la tierra nutricia, son elementos agrícolas. Entre el

objeto y la palabra hay un abismo, nunca identidad simple. Es preciso entrar en los múltiples sentidos del vínculo entre la palabra y el objeto. El lenguaje no es transparente; en ocasiones nos resulta opaco: objeto y palabra no son idénticos: se trata de una igualdad parcial entre diferentes.

Otra manera de saber qué es poesía pudiera ser la que nos indicara cuáles construcciones verbales son, en verdad, *poéticas*. Se podría indicar o recorrer con el dedo índice un conjunto de poemas y, sin mediar palabra, señalar éste, ése, aquél, *estos* poemas son la poesía; *sólo* *estos pocos versos de estos pocos poemas* son, en rigor, *poemas*. Ciertas formas del pensamiento oriental designan, por el índice, el *Todo*, idéntico al *Vacío*. Como se sabe, mostrar, empero, no es demostrar ni probar, menos aún *de-finir*. El índice forma parte del primer sistema de señales, que los seres humanos compartimos con los primates superiores. Necesitamos avanzar un paso más allá y encontrar, tal vez, algunos atributos básicos sin los cuales esto que llamamos poesía dejará de serlo. Así, es necesario iniciar el examen del asunto por el núcleo de la poesía, como antes se dijo, por la *frase poética*. Sin duda alguna, en la frase poética están condensadas todas las características que constituyen el acto poético. Allí están, en germen o en embrión, todos los rasgos propios de la poesía. Si arrancamos de este núcleo, tal vez podamos comprender, de mejor manera, las características de esta forma tan alta de

expresión que es la poesía: en este núcleo, pues, en la frase poética, se encuentran el ritmo, la música, la imagen, la metáfora, la estructura, rasgos que habremos de examinar, cada uno, por separado primero, para después unirlos en un solo haz.

Tal vez al final de esta lectura, se pueda tener una mejor aproximación a la experiencia personal que constituye el acto poético, acto que se produce siempre en el espacio que va del escritor al poema y del poema al lector: acto intransferible y que proporciona un placer constante. Nadie obtendrá de esta *lección de poesía* la certeza suficiente para saber lo que la poesía es, en verdad; obtendrá, sí, lo espero, ciertas herramientas que le permitan amar y entender algún poema. Que así sea.